

UN ACERCAMIENTO HISTORIOGRÁFICO A LOS ORÍGENES DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN CANARIAS: LAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS DEL SIGLO XIX

Manuel E. Ramírez Sánchez (*)

Los estudios publicados hasta la fecha sobre historiografía de la investigación arqueológica en Canarias son relativamente escasos. A decir verdad, el conocimiento de la labor científica de los pioneros de la arqueología en Canarias se ha reducido, tradicionalmente, a la redacción de panegíricos que, en la mayoría de los casos, no han ido más allá de la vida y obra del homenajeado (Bosch, 1971; Alzola, 1980; Diego Cuscoy, 1994; Fariña, 1983). Hasta el momento, el estudio de la historiografía arqueológica ha quedado reducido a una rápida, y por ende, somera descripción, generalmente situada en el capítulo introductorio de los trabajos arqueológicos realizados sobre la Prehistoria de Canarias (Martín de Guzmán, 1984: 5-34; Tejera y González, 1987: 17-35; Arco *et al.*, 1992: 19-39; Navarro, 1992: 27-33). Resulta sumamente significativo que las aportaciones más sobresalientes sobre la investigación arqueológica en Canarias en el siglo XIX hayan venido de la mano de antropólogos (Estévez, 1987; Galván, 1987), aunque otros especialistas han realizado acercamientos historiográficos de gran interés, pero sobre temas puntuales (Rodríguez, 1990; Tejera, 1990). En la presente comunicación, y pese al reducido espacio de que disponemos para ello, pretendemos estudiar las bases intelectuales sobre las que se asientan los estudios antropológicos y arqueológicos en Canarias en la segunda mitad del XIX, analizando la influencia del positivismo en el auge de este tipo de estudios en las islas, así como la importancia que jugaron implicaciones de otro tipo, como el ideal romántico de la recuperación de las raíces, definido por algunos investigadores actuales como "la obsesión de los orígenes", que caracterizaría la producción historiográfica canaria de estos años.

El interés por la búsqueda y coleccionismo de restos arqueológicos en la isla de Tenerife arranca ya desde comienzos del siglo XIX. Sabemos que en los años veinte de aquel siglo el tinerfeño Juan de Megliorini y Spínola poseía en su casa una colección de historia natural y diversos objetos de la cultura guanche, entre los que

(*) Dpto. Ciencias Históricas. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

destacaba una momia, que constituía toda una atracción para los viajeros y turistas extranjeros que visitaban la capital tinerfeña por aquellas fechas. No es de extrañar, por tanto, que en medio de este ambiente el propio Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife acordara en sesión plenaria obtener algunas momias, procurando que sean de ambos sexos" (Cioranescu, 1979, IV: 223). Uno de los primeros museos fundados en Tenerife fue el llamado Museo Casilda, inaugurado hacia 1840. La creación de este Gabinete o Museo Casilda fue emprendida por Sebastián Pérez Yáñez, conocido como Sebastián Casilda, un hacendado de Tacoronte que, pese a carecer de estudios, decidió formar una colección en la que llegó a reunir una nutrida selección de materiales de historia natural, antropología y arqueología prehistórica de Canarias. Los primeros fondos del Museo Casilda se reducían a la colección de Juan de Megliorini que, tras la muerte de éste, había sido subastada en 1837, siendo adquirida por Sebastián Pérez (Fariña, 1994:524). Sin embargo, los fondos del Museo Casilda se fueron incrementando con el paso de los años, bien por las propias "rebuscas" de su fundador, bien por las donaciones de algunos particulares. Con el paso de los años el Museo Casilda logró reunir cuatro momias y algún fragmento suelto de otras, unos veinte cráneos, pintaderas y cerámicas prehispanicas, etc. Tras fallecer Sebastián Casilda en 1868, y pese a las gestiones de algunos eruditos tinerfeños y del propio Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, los fondos del Museo Casilda fueron vendidos a un coleccionista argentino y en 1889 salían del puerto de Santa Cruz rumbo a Argentina. La colección de historia natural fue posteriormente cedida al Museo de Historia Natural de la ciudad de La Plata, pero la colección antropológica sufrió peor suerte (Alzola, 1980: 81-91). Unos años antes, en 1874, el erudito tinerfeño Anselmo J. Benítez fundaba el Museo Villa Benítez, creado con el fin de exhibir unas muestras de minerales, grabados, objetos artísticos y arqueológicos. A iniciativa de su fundador, los materiales de sus colecciones posteriormente pasarían a formar parte de los fondos del Museo del Cabildo Insular de Tenerife (Cioranescu, 1979, IV: 223). Resulta evidente que, pese a que en su tiempo estas colecciones arqueológicas fueran denominadas como "museos", en la medida en que éstas estaban ordenadas para ser visitadas, y pese a albergar entre sus fondos interesantes objetos materiales y restos antropológicos de las antiguas poblaciones prehispanicas, tanto el Museo Casilda como el Museo Villa Benítez no deben considerarse como auténticos museos, sino más bien como simples colecciones de antigüedades y objetos curiosos, reunidos por sus propietarios, por lo general carentes de la mínima formación académica, por un mero "afán patriótico" de distinción de lo autóctono frente a lo alóctono.

Pero todas estas iniciativas emprendidas en Tenerife a lo largo del siglo XIX no pasaban de considerar a las "antigüedades canarias" como meros objetos curiosos, dignos de ser expuestos junto con colecciones de rocas y minerales, fauna, grabados, etc. No será hasta fines de los años setenta del pasado siglo cuando encontremos en Tenerife un cambio de actitud ante la cultura guanche. En efecto, por aquellas fechas el portuense José Agustín Álvarez Rixo abogaba por la creación de un Museo destinado a conservar y estudiar científicamente el patrimonio arqueológico de las islas (Tejera, 1990: 126). En este contexto, en septiembre de 1877 se funda el Gabinete Científico, una institución que será pieza clave del desarrollo de la antropología en las Canarias occidentales. El *alma mater* de esta sociedad científica fue Juan Bethencourt Alfonso (1847-1913), licenciado en Medicina por la Universidad de Madrid (1872), cuya obra escrita, durante años injustamente olvidada, ha comenzado a ser divulgada en fechas recientes (Bethencourt Alfonso, 1991 y 1994), coincidiendo con un período de recuperación histórica de la personalidad científica de este autor (Fariña, 1983; Diego Cuscoy, 1994). Su formación como médico le impulsó a acercarse a las teorías evolucionistas, pero desde una particular perspectiva que le ha hecho merecedor del calificativo de "darwinista romántico" (Galván, 1987: 7)(1). El Gabinete Científico nació como anexo al Establecimiento de Segunda Enseñanza de Santa Cruz de Tenerife, y en su Reglamento ya se especificaba que su principal objetivo era "el estudio de la ciencia natural, y especialmente el del archipiélago canario bajo este punto de vista" (AA.VV., 1878: 3). Las actividades del Gabinete Científico se organizaron en varias secciones, destacando la de Antropología y Arqueología Prehistórica de Canarias, cuyos trabajos organizaba el propio Juan Bethencourt. El trabajo de esta sociedad se organizaba, en palabras de Cuscoy, "a modo de una pequeña academia", aunque circunscrito al estrecho ámbito insular. El mencionado Bethencourt Alfonso, como director del Gabinete Científico, dirigía los trabajos de una amplia nómina de colaboradores que, como si de corresponsales se tratara, proveían a la institución tinerfeña de cuantos materiales arqueológicos necesitaba. Así, por ejemplo, sabemos de la extraordinaria contribución de Ramón Gómez, corresponsal del Puerto de La Cruz, que llegó a enviar la nada desdeñable cifra de 120 cráneos al Gabinete Científico.

(1) Buena muestra del significado de la teoría darwinista para este autor son las siguientes palabras pronunciadas en el *Discurso en el Claustro de apertura del curso 1879 a 1880 del Establecimiento de 2ª enseñanza de Santa Cruz de Tenerife* (inédito), del que era profesor de Historia natural desde 1876: "El conocimiento de la teoría darwinista se impone hoy no sólo como de absoluta necesidad para todos aquellos que se encuentran arrastrados por sus aficiones a los estudios antropológicos, sino a toda persona que desee cultivar su inteligencia en cualquier ramo de las ciencias naturales, o que aspire tener, dentro de un modesto círculo, cierto grado de cultura e ilustración" (citado por Fariña, 1983: 30).

Pero los contactos de Bethencourt Alfonso no se reducían únicamente a la isla de Tenerife, ya que contaba con la colaboración de corresponsales en la isla de la Gomera e incluso en la isla de Fuerteventura. En caso de que fuera necesaria la recogida de materiales en otra isla en la que no existieran corresponsales, el propio Juan Bethencourt se desplazaba allí con el fin de recopilar estos objetos. Así, sabemos de sus excursiones en La Palma y en el Hierro, e incluso en Gran Canaria y Lanzarote. Ciertamente, sus "excursiones arqueológicas" en Gran Canaria no debían contar con el beneplácito de los eruditos de la isla, que veían en las actividades de Juan Bethencourt Alfonso un evidente intrusismo. De hecho, el propio Chil y Naranjo criticaba veladamente las actividades arqueológicas del médico tinerfeño en el sur de Gran Canaria: "Hace poco tiempo se tuvo conocimiento de que en unas cuevas de la jurisdicción del pueblo de Mogán, en esta isla, existían numerosos objetos que pertenecieron a los antiguos Canarios. La noticia cundió por las otras islas, y como es natural, hoy que se ha despertado el gusto por las antigüedades isleñas, acudieron de ellas personas encargadas de hacerse a todo trance, y fuera cualquiera el precio, con el todo o la mejor parte de los objetos encontrados" (Chil y Naranjo, 1876: 609 (2)). Sin embargo, pese a los contactos científicos establecidos con otros intelectuales del archipiélago como el propio Gregorio Chil y Naranjo, nombrado socio numerario del Gabinete Científico en 1888, y a la actividad epistolar mantenida con algunos antropólogos franceses, Juan Bethencourt Alfonso "parece no querer ir más allá del espacio de la isla, y es la isla la que acaba por consumir su obra" (Diego Cuscoy, 1982: 9). El fallecimiento, en 1913, del fundador y principal impulsor del Gabinete Científico supuso una pérdida para esta institución de la que no pudo recobrase en los años siguientes. La apatía y la propia incapacidad de sus socios y correspondientes propició la progresiva decadencia de esta institución, cuyos fondos tuvieron una suerte diversa: una parte pasaría a incrementar la colección de D. Bernabé Rodríguez, y la otra parte pasaría al Museo Antropológico y de Historia Natural de Santa Cruz de Tenerife, fundado el 31 de Diciembre de 1902 (3).

-
- (2) El investigador Manuel Fariña, en una oportuna nota a la transcripción del discurso pronunciado por Luis Cuscoy en el *Homenaje al Dr. D. Juan Bethencourt Alfonso*, celebrado en Santa Cruz de Tenerife en 1981, menciona que Juan Bethencourt se dio por aludido en la crítica de Chil y Naranjo, tal y como evidencia una nota manuscrita por el propio médico tinerfeño junto al párrafo citado, que dice "Alude a mí, cuando estuve en Canaria buscando algo" (Bethencourt Alfonso, 1994, II: 515).
 - (3) El propio Juan Bethencourt aceptaba ya entonces que los fondos de las secciones de Rocas y Minerales, Paleontología, Antropología y Arqueología prehistórica de Canarias pasarían a engrosar en el futuro las colecciones de esta nueva institución. En el acta fundacional de ésta, surgida al amparo del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, se señalaba como objetivo fundamental "... que con los importantes elementos de la colección antropológica que Vd. posee [Bethencourt Alfonso], con la colección de minerales de Canarias que acaba de adquirirse y con otras colecciones que se obtengan, pudieran ponerse los cimientos de un museo que honraría a la Capital de Canarias..." (Fariña, 1994: 521).

Si en la isla de Tenerife a lo largo del siglo XIX se emprendió la creación de varios Museos y sociedades científicas que, desgraciadamente, no llegaron a consolidarse, en Gran Canaria asistimos a una realidad bien diferente. En septiembre de 1879 un grupo de intelectuales, encabezados por el Dr. Chil y Naranjo, se reúnan con el fin de fundar una sociedad científica. La inauguración oficial de esta sociedad científica, bautizada con el nombre de El Museo Canario se produciría al año siguiente, y desde esa fecha la institución ha continuado su labor científica hasta nuestros días, pese a las dificultades que en algunas ocasiones han amenazado con llevarla a su cierre. De entre los fundadores de esta institución sobresale el doctor Gregorio Chil y Naranjo, quien había publicado varios años antes el primer volumen de su obra *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* y que, a la sazón, sería el primer director de *El Museo Canario* (4). Como conservador de esta institución sería nombrado otro médico, Víctor Grau Bassas, de origen catalán pero afincado en Gran Canaria desde 1853, que realizó sus estudios universitarios en Barcelona y París. En el preámbulo del Reglamento de esta sociedad ya se exponían claramente cuáles serían los objetivos de El Museo Canario: "Hace tiempo se viene echando de menos entre nosotros un centro verdaderamente instructivo, donde pueda irse reuniendo para su estudio, no sólo todos aquellos objetos antiguos que pertenecieron a los indígenas de nuestro país y que nos revelan mucho de sus antiguos usos y costumbres y cuanto a ellos pueda referirse, sino también los productos naturales, propios y extraños a nuestro suelo, que sirvan de estudio y de instrucción, procurando, asimismo, la formación de una modesta biblioteca, en la cual ocupen un puesto principal los trabajos literarios de sus más esclarecidos hijos (...)" (AA.VV., 1879: 3).

Muy pronto El Museo Canario pasa a convertirse en una institución emblemática en la investigación arqueológica del archipiélago, acogiendo en sus salas de exposición una excelente colección antropológica y de prehistoria insular, tanto merced a las donaciones de los coleccionistas particulares que entran a formar parte de esta sociedad científica, como por las propias excursiones arqueológicas efectuadas en aquellas zonas de la isla que albergaban un mayor número de yacimientos prehispánicos. La intensa actividad investigadora de Chil y Naranjo encuentra un excelente vehículo de promoción internacional a través de los numerosos congresos de las sociedades antropológicas francesas a los que asiste regularmente, presentando comunicaciones sobre diversos aspectos de la prehistoria insular: congresos de Lille en 1874, de Nancy

(4) Sobre la polémica suscitada por la prohibición eclesiástica de esta obra, en la que Chil y Naranjo defendía las teorías evolucionistas, y su repercusión en la sociedad canaria del momento, sobre todo en los círculos intelectuales isleños, y su equívoca identificación con la supuesta difusión del darwinismo en España (cfr. Glick 1982: 32), véase lo expuesto por Fernando Estévez en su obra repetidamente citada (1987: 135-166).

en 1875 y de Nantes en 1878, organizados por la Asociación Francesa para el Progreso de las Ciencias, y en las sesiones del Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas, Arqueológicas y Prehistóricas, celebradas en París en 1876, 1878, 1889 y 1900 (Diego Cuscoy, 1982: 14). Ello explica que, antes de la propia fundación de El Museo Canario, la prehistoria canaria ya fuera conocida en algunos círculos europeos. Fruto de las relaciones científicas establecidas por Chil y Naranjo con los principales especialistas franceses en antropología física (Broca, Hamy y De Quatrefages, entre otros) (5), en 1877 es enviado a Canarias el médico René Verneau (1852-1938), con el encargo de llevar a cabo una misión científica para constatar la hipótesis planteada en su día por Hamy y De Quatrefages acerca de la presunta relación étnica de la población prehispánica de las islas con el hombre de Cro Magnon, que había sido descubierto nueve años antes en Dordoña (Francia). En los años siguientes, y prácticamente hasta la fecha de su muerte, René Verneau viajará en repetidas ocasiones a las islas Canarias, llevando a cabo a lo largo de este tiempo una intensa actividad científica, parte de la cual publicó en las principales revistas francesas del momento (*Revue d'Anthropologie*, *Revue d'Ethnographie*, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, etc.). Si bien el principal interés de Verneau era el estudio físico de las poblaciones antiguas de Canarias, también insertó en algunas de sus publicaciones interesantes capítulos dedicados a la cultura material y hábitos sociales, a los petroglifos y al origen de las poblaciones prehispánicas (Verneau, 1887). Su actividad investigadora no se ceñía únicamente a las salas de antropología de El Museo Canario, sino que a lo largo de sus primeras estancias en Canarias, entre 1876-78 y 1884-87, llevó a cabo varias excavaciones en diversas necrópolis de Gran Canaria y visitó las restantes islas del archipiélago, recogiendo todo el material arqueológico que caía en sus manos. Imbuído aún del ideal romántico que veía al aborigen canario como "buen salvaje", vivamente representado en las poblaciones campesinas del momento, Verneau llega a decir en su obra *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, publicada en París en 1891: "En el norte de Tenerife se encuentran poblaciones muy primitivas, que apenas sobrepasan en civilización a los antiguos guanches. Son buenos y

(5) La estrecha vinculación de la antropología canaria del siglo XIX con la tradición francesa queda claramente evidenciada en este borrador de una carta de Chil y Naranjo, redactado en 1878, en el que destaca su relación con maestros franceses como Broca, Hamy, De Quatrefages, Mortillet, etc.: "Los estudios han sufrido una evolución completa desde hace poco tiempo, y yo tenía la pretensión de hacer mis trabajos con el cuidado que reclama el conocimiento de un pueblo sobre cuyo origen se han dividido los sabios desde Platón hasta nuestros días... En obsequio a las ciencias y llevado por mi afición a todo lo útil hice dos viajes a aquel país [Francia]; asistí a los principales Congresos científicos; a invitación de mis antiguos condiscípulos y sabios profesores tomé parte en ellos,... estrechándose entre nosotros un lazo de confraternidad científica" (citado por Estévez, 1989: 34).

hospitalarios, mientras que los que han tenido más contactos con los centros civilizados son, desde este punto de vista, singularmente inferiores. En todas partes, el hombre primitivo en contacto con los europeos toma sus defectos antes que sus virtudes" (Verneau, 1981: 234).

No queremos finalizar estas breves líneas, en las que hemos intentado aportar una sucinta visión de la investigación antropológica en Canarias, sin destacar algunos aspectos fundamentales de la progresiva institucionalización de la arqueología prehistórica en el siglo XIX, impulsada a través de la fundación de las sociedades científicas mencionadas. En primer lugar, llama poderosamente la atención que los impulsores de estas iniciativas fueran médicos, lo que explica el gran peso de los estudios antropológicos en la investigación decimonónica de la prehistoria canaria, y la vigencia de este tipo de estudios en buena parte del siglo actual. En segundo lugar, debemos destacar que la creación de los primeros museos y sociedades científicas en Canarias coincide con el desarrollo de la Antropología física en el siglo XIX, impulsada desde Francia con el descubrimiento, en 1868, del hombre de Cro Magnon por Eduard Lartet. El progresivo envío de materiales antropológicos y arqueológicos a los especialistas franceses, junto con el desarrollo de las ideas evolucionistas y positivistas en los intelectuales canarios, impulsaron la creación de estos museos "como una forma de concreción de la identidad de lo propio" (Galván, 1987: 14) (6). Además, es de destacar que una buena parte de estos médicos canarios se forma en las universidades francesas (Montpellier y París, fundamentalmente), lo que explica la fuerte influencia del positivismo francés en los estudios antropológicos efectuados en Canarias en las últimas décadas del siglo XIX. En efecto, del mismo modo que se ha propuesto que la introducción de las ideas evolucionistas en Canarias no se realizó desde el territorio peninsular, sino a través de una vinculación más directa de los intelectuales canarios con los centros europeos (Estévez, 1987: 137), resulta evidente que el auge de los estudios antropológicos en Canarias no tiene su origen en la difusión del krausismo en España, sino en los estrechos vínculos de la burguesía canaria con los centros económicos europeos. En opinión de algunos autores, el interés de los estudios arqueológicos y antropológicos en Canarias a fines del siglo XIX obedece a dos razones singulares con respecto a lo que sucede en

(6) Este tipo de motivaciones se observa en la introducción del reglamento de El Museo Canario: "Abrigamos la convicción de que todos los buenos e ilustrados canarios secundarán la idea [de la creación del Museo], porque todos han de hallarse interesados en la adquisición de cuantos objetos y producciones en los diversos ramos de las ciencias, de las artes y de las letras nos den a conocer al mundo como un pueblo culto e ilustrado, y muy especialmente en la conservación de aquellos que constituyen la honrosa y veneranda historia del esforzado pueblo que habitó estas tierras, y de los cuales una gran parte se hallan hoy dispersos en manos extrañas y en Museos extranjeros, con vergüenza y escarnio de nosotros" (AA.VV. 1879: 4).

la Península: por un lado, al peculiar pasado histórico de un pueblo conquistado en la modernidad, que tendrá como tema recurrente "la obsesión de los orígenes", y por otro lado, a la formación de personalidades como Gregorio Chil y Naranjo o Juan Padilla, entre otros, en las universidades francesas (Sánchez de Paz, 1988: 31-33). A todo ello hay que unir la presencia de científicos franceses en las islas desde fecha muy temprana, como el ya mencionado René Verneau o como el marsellés Sabin Berthelot (1794-1880), entre cuyos méritos científicos cabe destacar su acertada clasificación de las poblaciones prehispánicas de Canarias dentro del ámbito bereber norteafricano (Berthelot, 1879: 47-54). Pese a que por problemas de espacio no hayamos podido ocuparnos aquí de la obra de Berthelot, no queremos terminar estas líneas sin destacar que, como acertadamente ha expresado Fernando Estévez (1987: 94-95), en la obra del naturalista y etnógrafo francés, la supervivencia racial de los guanches tras la conquista pasa a convertirse en un tema recurrente, coincidiendo sus planteamientos con los de otros escritores canarios ya que, en palabras de Estévez, la supervivencia del guanche, entendida ésta en un sentido amplio, "ha sido un verdadero caballo de batalla no sólo en la antropología, sino también en la historiografía y la literatura canarias".

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., 1878
Reglamento del Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.
- AA.VV., 1879
Reglamento de la Sociedad El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria.
- ALZOLA GONZÁLEZ, J.M., 1980
Víctor Grau-Bassas, primer conservador del Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria.
- ARCO AGUILAR, M.C. del, et al., 1992
La arqueología en Canarias: del mito a la ciencia. Santa Cruz de Tenerife.
- BERTHELOT, S., 1879
Antiquités canariennes. París (= *Antigüedades canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1980).
- BETHENCOURT ALFONSO, J., 1991
Historia del pueblo guanche. I. Su origen, caracteres etnológicos y lingüísticos. Edición anotada por M. Fariña. Santa Cruz de Tenerife.
- , 1994
Historia del pueblo guanche. II. Etnografía y organización socio-política. Edición anotada por M. Fariña. Santa Cruz de Tenerife.
- BOSCH MILLARES, J. 1971
Don Gregorio Chil y Naranjo. Su vida y su obra. Las Palmas de Gran Canaria.
- CIORANESCU, A., 1979
Historia de Santa Cruz de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.
- CHIL Y NARANJO, G., 1876-1880-1891
Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias. Las Palmas de Gran Canaria. 3 vols.

- DIEGO CUSCOY, L., 1982
El Museo Canario y factores determinantes de su continuidad. *El Museo Canario* 42: 7-18.
- , 1994
"D. Juan Bethencourt Alfonso y el Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife". En J. Bethencourt: 507-516.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, F., 1987
Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900). Santa Cruz de Tenerife.
- , 1989
"Notas críticas sobre el concepto de tradición antropológica. A propósito de las relaciones centro-periferia en la antropología canaria de finales del XIX". *Eres (Arqueología)*, 1: 25-35.
- FARIÑA GONZÁLEZ, M., 1983
"El Dr. Juan Bethencourt y Alfonso o el compromiso con Canarias". *Gaceta de Canarias*, 2(5): 26-38.
- , 1994
"El Museo Casilda de Tacoronte: una pérdida irreparable". En J. Bethencourt: 517-565.
- GALVÁN TUDELA, A., 1987
"Islas Canarias. Una aproximación antropológica". *Cuadernos de Antropología*, 7.
- GLICK, TH., 1982
Darwin en España. Barcelona.
- GRAU-BASSAS Y MAS, V., [1884-1886] 1980
Viajes de exploración a diversos sitios y localidades de la Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C., 1984
Las culturas prehistóricas de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.
- NAVARRO MEDEROS, J. F., 1992
Los Gómeros. Una Prehistoria insular. Santa Cruz de Tenerife.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 1990
"Una perspectiva histórica de la Paleopatología en Canarias". *Eres (Arqueología)*, 1: 21-50.
- SÁNCHEZ, J. y PAZ, M. de, 1988
Historia popular de Canarias. VII. Pensamiento contemporáneo. Santa Cruz de Tenerife.
- TEJERA GASPAS, A., 1990
"Apuntes sobre restos de los guanches encontrados en el siglo actual, de José Agustín Álvarez Rixo". *Eres (Arqueología)*, 1: 121-134.
- TEJERA GASPAS, A., y GONZÁLEZ ANTÓN, R., 1987
Las culturas aborígenes canarias. Santa Cruz de Tenerife.
- VERNEAU, R., 1887
Rapport sur une mission scientifique dans l'archipel Canarien. París.
- , 1891
Cinq années de séjour aux Îles Canaries. París (= *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, 1981).